

**RENACER EN LA AGONÍA**  
DE LA SOBREVIDA A LA VIDA\*

**Cristián Mallol Comandari**

Capturado por la DINA en diciembre de 1974, Cristián Mallol permaneció detenido cerca de dos años en distintos centros de prisión política del régimen militar en Chile. Estas páginas contienen sus reflexiones sobre los procesos de deshumanización de víctimas y victimarios, las dificultades inherentes a la superación de experiencias traumáticas producto de situaciones límites y sobre algunos aspectos para evitar en el futuro la deriva feroz en la solución de problemas políticos, que no hace más que construir el infierno.

*Palabras clave:* mímesis y procesos persecutorios; polarización política; violaciones a los derechos humanos; deshumanización; superación de vivencias traumáticas; perdón.

---

\* Agradecimientos: a María Olga Ruiz Cabello, historiadora del CECLA, Universidad de Chile, toda mi gratitud por haberme invitado y llevado a plasmar estas reflexiones. A Sergio Muñoz Riveros, poeta, escritor y analista, por su lectura acuciosa, sus sugerencias y su generosidad. Agradezco también al Dr. Juan Manuel Fierro Bustos por haberme sugerido el título; este alude a los tres tipos de personas que plantea Unamuno: los superficiales, los impetuosos y los agónicos. Estos últimos serían aquellos que adquieren la lucidez de la muerte, integran la finitud de la vida, asumen que son trágicamente mortales y, conscientes de esta condición agónica, buscan darles sentido a sus existencias y de cierta manera trascender.

CRISTIÁN MALLOL. Nació en Santiago de Chile en 1948, ingresa al MIR en 1968 cuando estudiaba matemática en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile. Sin

embargo, sus tareas partidarias no las realiza en el ámbito estudiantil sino que en la incipiente estructura de Bases Clandestinas de esa organización, desarrollando, entre otras, tareas de instructor militar. A fines de 1969 deja el MIR y participa en la formación del MR2 (sigla utilizada por el Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez, el cual no tiene relación alguna con el Frente del mismo nombre que surgiera en Chile casi veinte años después, en el último quinquenio de la dictadura de Pinochet). Organización de carácter político-militar más afín al proyecto de la Unidad Popular, se autodisuelve en 1972 y la mayoría de sus militantes reingresó al MIR. Al momento del golpe de Estado, Mallol (alias Gustavo) ocupaba el cargo de Sub-Jefe del GPM1, estructura sectorial del MIR que operaba en las comunas de San Miguel, La Granja, San Bernardo, Buin y Paine. El Golpe lo sorprende en la empresa Sumar, al lado de la población La Legua. Buscado por los organismos represivos, los cuales no dudan en detener transitoriamente y presionar a su familia (padre, madre, hermano, ex esposa, hija de cinco años), pasa a la clandestinidad y asume la Jefatura del GPM1. A mediados de 1974 pasa a integrar el Comité Central del MIR y asume la dirección de las estructuras (los GPM) que operaban en Santiago-Centro, en el puerto de San Antonio y en el Frente Universitario. A comienzos de diciembre de 1974, es sorprendido en su casa de seguridad por agentes de la DINA. Pese a que recibe un balazo, logra escabullirse saltando una pandereta. Es perseguido por las calles aledañas y recibe otros tres balazos. Malherido es trasladado a Villa Grimaldi, donde recibe todo el rigor del trato que caracterizó a los centros de tortura de la dictadura. A fines de febrero de 1975, aparece junto a Hernán González, José Hernán Carrasco y Humberto Menanteaux, también dirigentes miristas, en un montaje televisivo de la DINA (similar al que sufriera años después Karin Eitel), que fue emitido por el Canal Nacional, en donde es leído un documento que da cuenta de la profundidad de los golpes recibidos y de la precaria realidad organizacional y táctica del MIR. Condenado a muerte por la Dirección del MIR, junto a sus otros tres compañeros, Cristián Mallol permanece en Villa Grimaldi casi cinco meses, y luego tres meses en Cuatro Álamos, otro recinto de la DINA. Finalmente ingresa como prisionero al sistema de campos de concentración de la dictadura, pasando por Tres Álamos y Melinka (Puchuncaví). Sus compañeros González, Carrasco y Menanteaux son dejados en libertad en septiembre de 1975. González logra viajar a España por reunificación familiar. Carrasco y Menanteaux, sin embargo, son recapturados por la DINA un par de meses después, y posteriormente asesinados. A fines de 1976, por la presión del gobierno de Carter, Pinochet cierra los campos de detención ilegales. Mallol sale libre en esa ocasión y se exilia a continuación en Francia, donde termina un proceso de revisión ideológica comenzado en su período de prisionero. Renuncia al guevarismo (al que pasa a considerarlo como un neofascismo por su teoría del Hombre Nuevo) y entra a militar en el Partido Comunista Francés, partido al cual renuncia cuando la URSS invade Afganistán. En Francia obtiene dos doctorados en Matemática (de Tercer Ciclo en 1979 y de Estado en 1989) y ejerce como Maître de Conférences durante diez y siete años en el Departamento de Matemáticas e Informáticas Aplicadas y Ciencias Sociales, en la Universidad Paul Valéry de Montpellier. Vuelve a Chile en 1994, ocupando un cargo de Profesor Titular en la Universidad de la Frontera, funda el primer doctorado de esa universidad, crea la carrera de Ingeniería Matemática.

*Con mucha ternura para Marcia Merino y Luz Arce,  
víctimas de unos y de otros, chivos expiatorios de todos.*

La experiencia de quienes tuvieron que reconstruir su vida después de pasar por los campos de concentración ha sido tratada extensamente por autores como Primo Levi, Hannah Arendt, Robert Antelme, Michael Pollak y Tzvetan Todorov<sup>1</sup>, algunos de ellos en su calidad de sobrevivientes. La dificultad que plantea tratar esta temática, donde los dolores del alma se enfrentan a las veleidades de la condición humana, se percibe en los cambiantes laberintos estructurados por la tríada memoria-trauma-testimonio. Lo que aquí expongo son algunas aproximaciones personales sobre esta materia, que espero sirvan para la reflexión y la sanación<sup>2</sup>. Estas ideas fueron madurando en mí hace bastante tiempo, pero tomaron forma y sentido a partir de las conversaciones con la historiadora María Olga Ruiz, académica del Centro de Estudios Culturales Latinoamericano (CECLA) de la Universidad de Chile.

## 1. Sobre la mimesis y los procesos persecutorios

Quiero comenzar esta incursión apoyándome en una mirada que se sustenta en el pensamiento de René Girard. Me refiero a la mimesis o lo mimético como explicación de comportamiento y estructuración de las comunidades humanas<sup>3</sup>.

---

Levi, Primo: *Trilogía de Auschwitz*; Arendt, Hannah: *Eichmann en Jerusalén. Un Estudio sobre la Banalidad del Mal*; Antelme, Robert: *La Especie Humana*; Pollak, Michael: *Memoria, Olvido, Silencio*; Todorov, Tzvetan: *Frente al Límite*.

<sup>2</sup> Teniendo en cuenta comentarios y sugerencias que he recibido por este trabajo y, particularmente, de los evaluadores de *Estudios Públicos*, creo conveniente aclarar y precisar lo siguiente: dado que en el texto subyace una experiencia personal y vital, hay cuestiones que no son transmisibles de buenas a primeras. Concibo, pues, perfectamente que tenga partes herméticas que se presten para variadas interpretaciones y de las cuales surjan diversas interrogantes. Que sean ellas bienvenidas pues eso es lo importante: en mi actividad de investigador (en matemática) aprendí que lo esencial es plantear las buenas preguntas; las respuestas vienen con el tiempo, a través de la actividad humana.

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, *El Chivo Expiatorio* y *Los Caminos Antiguos de los Hombres Perversos*, entre otros. Por cierto, no es mi intención aquí, y lejos de mis competencias, explicar la teoría de la Mimesis y de los Procesos Persecutorios. Yo me he afirmado en las ideas desarrolladas por René Girard para entender procesos y comportamientos que viví y observé en mi experiencia concentracionaria, como también en las

La mimesis, que es el proceso de imitación entre los seres vivos, nos marca y nos define individual y colectivamente desde los comienzos de la historia. Después de todo, lo que subyace en los primeros aprendizajes es justamente eso: es imitando que aprendemos a hablar, a mirar, a escoger, a discriminar, a reconocer límites y ritos, etc. Más allá de estos efectos, que sin duda podemos catalogar como positivos, la mimesis tiene entre sus obscuras raíces el temor, así como el celo, la envidia y el deseo, y más ampliamente las pasiones, aspectos por tanto que, si bien constatables, son altamente incomprensibles (en el sentido del entendimiento racional de su génesis y desarrollo).

Podemos caracterizar someramente este proceso con la frase *ocupar el lugar del otro*, absolutamente antinómica con aquello de *ponerse en el lugar del otro*, que es la base del amor y del respeto. El que los seres humanos propendan más en su comportamiento a ser guiados por la primera frase (*ocupar...*) que por la segunda (*ponerse...*) no es una paradoja: allí se expresa la condición humana, sus misteriosos orígenes y su complejo entramado. Notemos que es evidente para la mayoría de los animales la tendencia a ocupar el lugar del otro, lo que muestra hasta qué punto la mimesis está reñida con la razón.

Así las cosas, la mimesis tiene la doble característica de ser creadora de desorden y también un proceso que establece el orden. Claro es que si cada cual desea a través de la mimesis parecerse al otro, y, por tanto, no diferenciarse de él hasta aspirar a ocupar su lugar —por cierto que inconscientemente—, a la larga el caos adviene entre los miembros de la comunidad en que se producen estos múltiples procesos, los que son a la vez individuales y colectivos (como cada cual imita, todos imitan).

Es evidente que ninguna sociedad puede vivir permanentemente en el desorden, en la disputa de los espacios vitales, sobre todo cuando no hay conciencia ni comprensión de las causas del conflicto. De una manera u otra, la comunidad necesita encontrar mecanismos que le permitan recuperar una relativa tranquilidad y un orden aceptable. Ahora bien, desde la mitología a los relatos históricos, el mecanismo apacigua-

---

secuelas existenciales manifestadas en grupos de víctimas. Creo que los conceptos de Girard permiten comprender en parte sustantiva fenómenos importantes y la pincelada que yo hago de ellos es más bien una invitación a los lectores a zambullirse en las fuentes, y para ello propongo una pequeña bibliografía al final.

por excelencia ha sido lo que se denomina el proceso culpabilizador, sacrificial: *el chivo expiatorio*, que podemos resumir en la frase, fuerte en consecuencias: *pasar del todos contra todos al todos contra uno*, entendiéndose esto por una persona (Job), una categoría de individuos (las brujas en el medioevo), un pueblo (los judíos, desde siempre), etc.

El chivo expiatorio pasa a ser el responsable de los males que aquejan y azotan a la comunidad. Terminar con él (de una manera u otra, según las situaciones y los ritos) es la condición basal de la recuperación de la armonía, de vencer la paranoia colectiva (el miedo a la peste), de acabar con la angustia existencial (qué será de nosotros), etc. En el paroxismo de este mecanismo, la comunidad, cada uno, cree por fin comprender las razones de la discordia, del miedo, del dolor, de los antagonismos y del desorden. Esto obviamente se logra por un proceso intenso, homogéneo y unánime, de mimesis (no podría ser de otra manera), y una vez eliminado el chivo expiatorio, físicamente (la muerte), simbólicamente (el despojo del poder, la corona) o territorialmente (el destierro), se llega a la tranquilidad, obviamente transitoria, hasta el próximo desorden.

Como el sacrificio del chivo expiatorio trae la paz, es bastante común que una vez eliminado se le sacralice: si bien la comunidad y cada cual lo culpó de los males, también le prestan el poder de extinguir y anular los mismos males. Muchos ritos ancestrales, religiosos, y algunos más recientes, vienen de esta doble percepción del chivo expiatorio.

Los mecanismos de mimesis tienen roles obviamente esenciales en las adaptaciones humanas individuales a conglomerados tales como las agrupaciones y movimientos religiosos, fuerzas armadas y ciertos partidos políticos (aquellos estructurados en base a militantes profesionales), como también a experiencias sociales y políticas traumáticas. Cabe aquí la pregunta: ¿podemos entender cabalmente el envilecimiento colectivo del pueblo alemán en la experiencia hitleriana sin los procesos de mimesis?

## 2. Devenir en el infierno

Los comportamientos dentro del universo concentracionario (y con esto, en una evidente simplificación, me refiero a la prisión arbitraria, la tortura y la muerte) no pueden ser explicados sin los procesos de mimesis y de chivo expiatorio. En el contexto de la dictadura chilena, la

experiencia de miles de personas que pasaron por los centros de tortura, campos de concentración y cárceles de Pinochet, es significativa y —*mutatis mutandis*— aparecen las mismas características vivenciales de las espantosas experiencias de persecución, sufrimiento y aniquilamiento que encontramos desde temprano en la historia, en donde resaltan, obviamente, lo acaecido en el siglo pasado, tan cercano a nosotros, y que, los hombres y mujeres del siglo XX, asociamos con las experiencias del nazismo, del estalinismo, del horror de Camboya y, más recientemente, la locura genocida en la ex Yugoslavia.

El conglomerado de victimarios, así como el de las víctimas, no puede funcionar sin mimesis. Los primeros no sólo para hacer implacable su eficiencia y su crueldad, sino principalmente para mantener en el tiempo esa actividad oscura, aunque ciertamente humana, con una mirada más bien indulgente: *yo torturo, violo, castigo, doy muerte, porque los otros lo hacen; yo no hago ni más ni menos que lo que hacen los otros; si todos los míos lo hacen, entonces mi labor es dura, ingrata, pero necesaria y, a la postre, reconfortante.*

En la acción compartida donde todos se retroalimentan en la mimesis de unos con otros, se diluye la culpa y se desarman los cortafuegos que entrega la ética, esos valores adquiridos otrora por el solo hecho de haber nacido en una sociedad entonces sin conflictos y en relativa paz. No está de más decir que cuando estas comunidades de represores y asesinos entran en crisis (desmoralización, derrotas parciales, envidias y avidez), afloran los mecanismos del tipo chivo expiatorio, resueltos generalmente con el asesinato —por *débil*, por *traidor*, etc.—, que curiosamente, como veremos, en otro contexto y realidad, son razones que se asemejan a las del conglomerado que se buscó aniquilar, el de los derrotados.

En cuanto a las víctimas, es evidente que en un recinto represivo, la mimesis sirve en un comienzo a la sobrevida (la experiencia en los campos nazis es elocuente al respecto). Salvo muy pocas excepciones, todas las personas tienen —*grosso modo*— el mismo comportamiento, matizado por la singularidad de cada uno: estamos aquí en medio de un proceso de mimesis que lleva a la indiferenciación. Si bien cada uno, en esas circunstancias, hace lo que puede, con lo que tiene, en definitiva su tendencia es hacer lo mismo que hacen los otros.

Dependiendo de la conformación absolutamente aleatoria del grupo humano en cuestión, de la singularidad de algunos de sus miembros,

de la suerte de otros, se desarrolla allí un cierto modo de “vivir la sobrevivencia”, al que todos contribuyen, con mayor o menor fuerza. Se hace lo mismo que el otro, buscando perderse en el grupo, haciendo de éste un solo ser: es la indiferenciación vital. Esto explica, de cierta manera, por qué en algunos campos de exterminio o de detención surgieron experiencias que en otros recintos no ocurrieron: las formas de ayuda mutua, las expresiones de solidaridad, los actos de rebelión, etc.

La crisis en este conglomerado comienza después. ¿Cuánto después? Simplemente cuando se tiene la certeza de haber salvado la vida, o, por lo menos, de que ella no está mortalmente amenazada en lo inmediato. Dicho de otra manera, cuando surgen condiciones para preocuparse del alma.

De la sobrevivencia se pasa a reconstruir la vida, en una nueva realidad y con nuevos límites. Allí, cada cual y como pueda, trata de recuperar su dignidad y su realidad humana. Es aquí que los caminos comienzan a bifurcar. Todo ello se hace al azar de las cosas, las tristezas, las pérdidas y los duelos de cada uno; allí no hay indiferenciación: cada cual palpa sus devastados dominios, sus estragos interiores, cada cual intuye su propio, único y extenso desgarró, su dolor íntimo, aquel que no puede compartir. Este proceso de rehumanización no es sencillo ni fluido: se hace en la bruma y en la oscuridad que todavía envuelve, maniata, entaba. Algo se ha perdido irremediamente en cada uno. Forzosamente se vivirá con una herida que nunca cicatrizará del todo, una herida personal que lacera el alma. Pero además, cada uno, perdido en un laberinto, cargará con lo que decodifica como culpas y reproches.

Allí está escondido el preámbulo de un nuevo proceso de mimesis, el cual buscará sus chivos expiatorios. Surgen así la comunidad de los *fuertes* (entre ellos, los *héroes*) y la de los *débiles* (y sus chivos, los *traidores*). Esto puede parecer paradójico pues, en definitiva, todos son individuos dañados y, en gran medida, derrotados. La mayoría de los *sobrevivientes activos*, aquellos que se aferran a la imagen que los otros tenían de él y también a la mirada que ellos tenían del mundo, tratarán con más o menos suerte de pertenecer al primer grupo.

Esta división se realiza mediante un proceso inconsciente de imitación, y se caracteriza por la búsqueda de *responsables* y *la culpabilización colectiva* de unos por otros. Particularmente clara es la propensión de los denominados *débiles* a tomar este camino con el fin

de ser aceptados, pese a todo y a veces a costa de todo, en el grupo de los *fuertes*.

Sin embargo, en muchos casos la destrucción del alma ha sido tal, que la persistencia de la antigua autoestima no puede más que derivar en dolencias íntimas, crueles y desgarradoras o, directamente, en enfermedades mentales inhabilitantes para las construcciones humanas de futuro, de ternura y de piedad. Se vive del pasado y en el pasado: es como si el tiempo se hubiese detenido y no hubiera espacio para el presente. Todo ello es la perpetuación de un gran y lacerante dolor. Allí la vida no tiene lugar: es, en definitiva, la imposibilidad de vivir plenamente.

Paradójicamente, aquellos *débiles* que por diversas causas no emigran a la colectividad de los *fuertes*, tienen razones, esperanzas y muchas veces condiciones de reencaramarse a la vida y, no pocas veces, ciertas vivencias, intensas y profundas, que les entregan ciertos grados de satisfacción. Por lo tanto, construyen una nueva autoestima y, obviamente, una nueva mirada al mundo. No es mi intención aquí de hablar de las bondades de los *débiles*, quienes, en el marco de sus experiencias traumáticas, tienden a estar relativamente bien, o lo mejor que pueden. Aunque llevan a costas el sufrimiento y ello puede ser doloroso, no se han paralizado. Como sea, han generado un espacio para la vida, el cual puede ser precario, reducido, pero es.

### 3. El “Mudo” y la trampa semántica

Algunos ex prisioneros que fueron víctimas de la tortura y sobrevivieron (cuestión que algunos de ellos perciben como una mancha), cuentan incansablemente su historia haciendo hincapié en que ellos no *hablaron*. Es el Síndrome del Mudo<sup>4</sup>.

Se trata quizás de una expresión extrema de víctimas que devinieron *fuertes*, con rituales en círculo y sin más futuro que reescribir un pasado, generalmente mistificado y no consciente. Pero extrememos las cosas: tomemos a un Mudo y aceptemos, como él dice, que no

---

<sup>4</sup> Una advertencia al lector. En caso alguno tengo la pretensión de explicar el conjunto de los mecanismos contextuales, sociológicos y psicológicos que instalan este comportamiento, cuestión bastante compleja. Me limito aquí a describir y enunciar ciertas hipótesis sobre un tipo de enfermedad del alma que padecen muchas víctimas, con sus consecuencias humanas evidentes.



*habló*. Supongamos que lo colgaron y no *habló*, que le pusieron corriente en el sexo y no *habló*, en la boca y no *habló*, en los ojos y los oídos y no *habló*. Supongamos incluso que fue sometido a la horrorosa experiencia de ver las torturas a su pareja, su hijo, su hija, y no *habló*. Supongamos que tuvo un sufrimiento largo, casi interminable, y no *habló*.

Esa suposición es inquietante y provoca escozor, angustia y tristeza. Por un lado, estamos —sin duda inconscientemente—, frente a una manera de minimizar al torturador, una manera de convertirlo en impotente y por tanto de atenuar, después de todo significativamente, su ferocidad e inhumanidad. Pero, por otro lado, y quizás sea lo más doloroso, lo que más molesta en esta suposición de heroicidad a toda prueba, viene con esta pregunta: ¿si le ocurrió todo eso y no *habló*, dónde quedó perdida, en qué laberinto del alma se extravió su humanidad, su propia, vital y hermosa humanidad? Definitivamente, el Mudo es expresión de la derrota humana y del inmenso daño que hacen los represores.

¿Hay posibilidad de entender, de alguna manera, este descenso al vacío humano? ¿Podemos explicarnos, aunque sea somera y parcialmente, esta caída vertical hacia la pérdida de la ternura y el amor que hemos ido describiendo y que se corona dramáticamente con el Síndrome del Mudo? Creo que sí.

No hay mimesis triunfante sin lenguaje, en general bastante rudimentario, pues sólo con palabras simples se convence, se organiza y se moviliza a una muchedumbre dispersa, temerosa y desorientada. Las palabras pueden, por lo tanto, verse utilizadas en actos infames (siempre es así en la dualidad persecución-sacrificio). Ellas se utilizan para tergiversar la realidad (en la Villa Grimaldi, importante centro de tortura y exterminio de Santiago, las víctimas eran llamadas *paquetes* por los victimarios). Esa tergiversación, esa pérdida de sentido semántico, contribuye eficazmente a hacer más llevadera las cosas para el opresor, pero también y sobre todo es la entrada hacia el envilecimiento de unos y otros, de víctimas y victimarios.

Los sobrevivientes se dividen en *fuertes* y *débiles*, en *enteros* y *quebrados*. A muchos de estos últimos se les tilda de *colaboradores*. Vale la pena detenerse aquí, pues colaborar es eminentemente un acto voluntario; más aún es un acto positivo, es decir, quien colabora es más apreciado por aquellos que reciben la colaboración y, por lo tanto,

el colaborador incrementa necesariamente su autoestima. ¿Es eso lo que ocurrió con el pobre judío que debía cumplir ciertas tareas en los campos de exterminio? ¿Le aumentó el amor propio? No. En el contexto de la experiencia chilena, ¿es eso lo que ocurrió con la Flaca Alejandra en manos de la DINA? Obviamente que tampoco.

La perversión semántica aparece otra vez en términos como *entregar* (fulano me *entregó*; zutano *entregó* a merengano, etc.), o *hablar* (este *habló*, este otro no *habló*, etc.). Detengámonos en esto último, que nos vincula con el Síndrome del Mudo: es evidente que nadie habla, pues es otro acto voluntario; más aún, hablar es un acto que emana de una decisión racional, tomada en condiciones relativamente aceptables. A las víctimas se les arranca información mediante la aplicación de tormentos atroces que van pulverizando sus referencias y sus razones. Quien asimila eso al hecho de *haber hablado* no hace más que envilecer a su prójimo (él *habló*), destruir su amor propio (yo *hablé*), y, obviamente, una vez más, blanquear al torturador. Cada cual en ese trance, donde no hay lugar para la lucidez ni pausa para el pensamiento, busca proteger algo. En general, la tortura logra su cometido y arranca información al torturado: para eso es. Sin embargo, éste siempre logra proteger algo, así sea que se equivoque en sus opciones, si es que podemos llamarle así.

¿Qué logran en definitiva los autodenominados *fuertes* con ese uso abusivo y perverso del lenguaje? Logran dos cometidos, uno es de cierta manera deseado y el otro, el más grave, manifiesta una absoluta ceguera.

Por un lado, logran reclutar adeptos, generalmente vociferantes y sumisos, por lo tanto esclavos de cierta manera, para los procesos persecutorios. Estas personas, estas víctimas, creen darles paz a sus espíritus con ese sentido de pertenencia y de acción que ellos denominan de justicia. Como ya dije, estos son exactamente los mismos mecanismos utilizados por los represores para hacer más eficientes sus actos y para mantener una aceptación satisfactoria de sí mismos y del grupo al cual pertenecen.

El otro efecto de este saqueo del espíritu y de la semántica es, qué duda cabe, la desresponsabilización de los represores, pues en definitiva los “fuertes” terminan explicándose los ultrajes, las derrotas y sus dolores como consecuencia de la *debilidad*, la *colaboración*, la *traición* de unos cuantos, a veces muchos, pobres diablos.

#### 4. La adaptación al miedo y sus secuelas

Pero, ¿de dónde y por qué surge esta perversión semántica, verdadera herramienta de demolición de uno mismo y del otro?

No es fácil aventurar respuestas a esta pregunta. Aquí hay cuestiones que se ubican en el límite de la razón, que se ocultan en las fronteras de la sobrevida y del subconsciente. Sin embargo, me atrevo a postular que aquí también hay un proceso, un acto muy inconsciente, de mimesis, que no lo explica todo pero entrega cierta luz: las víctimas heredan, o más bien se apropian del lenguaje de los victimarios. Es de ellos que siempre se ha escuchado, en esos duros trances, frases como “*habla y sufrirás menos*”, “*colabora, es mejor para ti*”, “*entrega algo y te dejamos tranquilo*”. Esa jerga acompaña siempre a las víctimas en los recintos y centros de tortura; tales frases se escuchan a cada rato, y poco a poco se van apropiando de ellas, casi naturalmente, pues en tales lugares cohabitan represores y víctimas; allí esas categorías humanas coexisten, comparten una cotidianidad feroz. Día a día se adaptan unos a otros.

Pero la suerte de las víctimas está absolutamente en manos de los victimarios. El capitán Miguel Krasnoff, en la Villa Grimaldi, me dijo un día “*...nosotros somos jueces y verdugos...*”. Y lo hacía sentir en cada momento.

No hay posibilidad alguna de que no se establezcan ciertos lazos entre los que tienen el control y los sometidos. No hablo de afectos, aunque obviamente no lo descarto, entendiendo que es una situación excepcional y que todo lo que surja de allí tendrá las señas de la enfermedad.

La experiencia en los campos de exterminio nazis corrobora lo aquí expuesto: de una u otra forma se establecen relaciones entre víctimas y victimarios. Tales relaciones, para las víctimas, están determinadas por la sobrevida y es una manera de adaptarse a una experiencia límite sobre la cual no tienen control alguno (es cosa de revisar la historia de los “*kapos*” en los campos de exterminio). En tales condiciones, la primera forma de adaptación, que no es consciente, es parecerse a los otros, a aquellos que controlan todo, absolutamente todo: el tiempo, la vida, y más decisivo aún, el sufrimiento y el dolor.

No estamos aquí frente a decisiones conscientes y racionales. Se trata más bien de una especie de darwinismo concentracionario. En

este proceso, sordo, incontrolable e inevitable, se instala imperceptiblemente *el hablar como los otros*, como la manera más elemental y primaria de adaptación. La mimesis, que gobierna tantas cosas en los grupos humanos aparece de nuevo, participando en la organización de la vida en ese infierno.

Si bien es sabido que los vencedores siempre imponen su idioma y su lenguaje a los vencidos (por algo hablamos español), aquí el fenómeno es más perverso: hay en definitiva una adopción de términos y de conceptos con inversiones valóricas: la misma palabra que enaltece o exime al victimario hunde o culpabiliza al reprimido.

Esto no es algo que ocurre segmentada o aisladamente: el proceso de imitación del lenguaje de los represores por parte de las víctimas es un continuo, viene desde siempre y se ha transmitido de historia en historia, convirtiéndose en la manera “natural” de designar y describir los comportamientos humanos en condiciones extremas: *hablar, delatar, entregar, colaborar, traicionar*, etc. Esas palabras estigmatizadoras llenan desde hace mucho la literatura, perpetuando la trampa semántica, la cual se hace mucho más difícil de detectar cuando esos mismos textos y relatos también se construyen con expresiones como *resistir, combatir, ser heroico, ser ejemplar*, etc., las cuales, más allá del uso o del abuso que se les dé, son culturalmente reconocidas como atributos positivos, en igual medida que las otras son nauseabundas y negativas.

El hecho de que tales formas de lenguaje sigan utilizándose después por los sobrevivientes, ya en libertad y actores en la medida de lo posible de sus vidas, no hace más que confirmar que los procesos adaptativos en condiciones extremas son gobernados por los pliegues más recónditos del alma. En ese esfuerzo, en esa lucha ciega en que la vida se olvida de la razón, se van acumulando aquí y allá, en la dispersión del azar, las heridas, las enfermedades invisibles y lacerantes que hacen que en definitiva ya no seamos los mismos, aunque creamos con la fe del carbonero que lo somos.

## 5. Reflexiones de sanación

Las víctimas se dividen en muertos y sobrevivientes. Los muertos, nuestros muertos, nos acompañan día y noche, pueblan nuestros momentos de flores y de brumas, y quizás ya es hora de dejarlos tranquilos, en el reposo del recuerdo. Los vivos conviven con mayor o

menor suerte con sus traumas, sus desgarros y sus silencios y, en general, no son conscientes del peso real del pasado en su propio devenir íntimo. Podríamos pensar que es bueno que ello sea así, pues se trataría de un mecanismo de protección. Sin embargo, muchos sobrevivientes, como ya lo dijimos, reescriben permanentemente el pasado, repitiendo una y otra vez el mismo texto, carente de introspección y, en tales condiciones, la sanación no está al alcance de la lucidez. Muchos seguirán lamentándose de no haber muerto, otros de no haber sufrido más, y así la vida no tendrá más proyecciones que la sombra que la acompaña. La victoria de los represores no cesa.

Como es obvio, las categorías de *fuertes* y *débiles* fueron creadas por los autodenominados *fuertes*. En lo que hemos expuesto, creo, hay ciertas explicaciones sobre cómo se configuran esas categorías y bajo qué criterios alguien pertenece o se le reconoce pertenencia a uno u otro grupo. Sólo he entregado algunas luces o pistas que pueden explicar por qué persiste y se repite este estado de cosas, común a varias experiencias concentracionarias y sus secuelas.

Sin embargo, caben aquí al menos dos preguntas, cuyas respuestas podrían entregarnos nuevas luces.

La primera es esta: ¿cuál fue la diferencia, frente al tormento, entre un *entero* y un *quebrado*? No podemos responder a esta pregunta sin entender que cada uno traía una historia anterior y que fue amarrado al catre de la tortura con ella y por ella: los represores, de algún modo, lo sabían. Sabemos, además, que cada persona tiene un umbral frente al dolor, frente al horror. Es así que, con al menos esas dos variables, se conforma la ecuación de la hecatombe individual, en la cual se muere o se sobrevive. La muerte, muchas veces pedida a gritos por la víctima en medio del espanto, es generalmente un accidente, un error técnico. En la sobrevivida, surge un ser escamoteado, despojado de fuerzas y certezas, mancillado, humillado, temeroso. Casi un animal herido. ¿Podemos pedirle cuentas? ¿Quién puede hacerlo sin blanquear a los verdugos?

La segunda pregunta, inevitable, es la siguiente: ¿cuál fue la diferencia contextual y vital que permitió a unos y a otros, al *entero* y al *quebrado*, sobrevivir a la experiencia represiva? Siempre, tácitamente, se da por hecho que el *débil* preservó su vida porque *colaboró*, porque *delató* a otros, porque en definitiva *canjeó* la información que poseía para *eludir* el sufrimiento y la muerte. Si aceptamos esta explicación,

¿cómo entender entonces la sobrevivencia del *fuerte*? Admitiendo circunstancias excepcionales para algunos y grados significativos de suerte para otros, que obviamente pudieron darse, la verdad es que esto no es seriamente sostenible.

En manos de los torturadores, unos y otros fueron reducidos a la condición de seres guiados por los más primarios instintos, arrinconados en un mundo gobernado por el miedo, el dolor y la incertidumbre, y hacia el cual cada víctima se fue deslizando inexorablemente. Allí, de nuevo, cada cual, despojado de sus recursos de existencia, hizo lo que pudo y la sobrevivencia del *fuerte* no tiene razones distintas a la sobrevivencia del *débil*: ellas siempre fueron potestad de los represores, los únicos que en ese infierno podían decidir sobre la vida y sobre la muerte. Ahora bien, es evidente que en esos trances profundamente desiguales entre víctimas y victimarios, la singularidad de cada víctima tuvo un pequeño espacio, singularidad que, como ya expliqué, se expresó por la historia que cada uno traía y por el umbral íntimo frente al horror que cada cual descubrió allí, sin preámbulo alguno.

Sin embargo, tal singularidad no puede explicar la sobrevivencia, cuestión que se hace evidente cuando constatamos que tal persona, sin importancia alguna para los represores, está muerta, asesinada, desaparecida (y hay muchos casos) y tal otra, un importante cuadro o dirigente, sobrevivió (y también hay muchos casos). Las respuestas simplistas al respecto no hacen más que oscurecer el necesario entendimiento, atenuar la responsabilidad absoluta del represor y desarrollar procesos persecutorios y culpabilizantes entre los sobrevivientes.

## 6. La difícil lucidez y la necesaria conciencia

¿Torturaríamos nosotros a ellos, nuestros torturadores? Pese a lo sorprendente, no queda duda que esta pregunta cabe hacerla. Y no me refiero aquí a lo que en ciertos casos aparece como una secuela, una enfermedad del alma, surgida del drama y del dolor vivido por unos en manos de otros: el agobiante deseo de la venganza.

La primera respuesta que aparece es obviamente que no: nosotros, víctimas de la tortura, en caso alguno nos prestaríamos, bajo ninguna condición y en ninguna situación, para torturar a otro, fuese este un feroz torturador. Sin embargo, pienso que tal respuesta peca de

candidez y se sostiene en una visión binaria y ahistórica que coloca a todas las víctimas como buenas personas y a todos los victimarios como malas personas. Si bien es cierto que no cabe duda que al momento de los hechos los victimarios eran personas envilecidas, esto es claramente una respuesta simplista.

La historia, aún la bastante reciente, nos entrega claras pruebas de que respecto de la condición humana las cosas son mucho más complejas: basta, por ejemplo, recordar que muchos franceses perseguidos, víctimas de los nazis durante la segunda guerra mundial, fueron a su vez represores terribles en la guerra de Argelia, diez años después, en donde las técnicas de tortura descollaron en eficiencia y crueldad.

No podemos responder con profundidad a la pregunta planteada sin hablar de los victimarios ¿Cómo surgen y se hacen? ¿De dónde vienen?

Al respecto, me permito relatar una situación personal: cuando yo estaba bastante a mal traer, casi agónico, en las mazmorras de Villa Grimaldi, herido de cuatro balas y, además, torturado, venía a conversar conmigo un agente de la DINA. Era un muchacho que había conocido en mi barrio de Ñuñoa, con quien había compartido buenos momentos, pichangas de fútbol en la calle, bailes, pololeos, etc. Él venía a hablarme de esos momentos que habíamos pasado juntos, y que, sin ser amigos, nos habían hecho habitantes del mismo universo socio-cultural. Recuerdo que en medio de mi dificultad física y psicológica me dije: “él podría ser yo y yo podría ser él”. En algún momento nuestras vidas bifurcaron, y por razones que no vale la pena detenerse (pues creo que realmente no son importantes), en los sacudones de la historia yo quedé en el campo de los derrotados y él en el de los vencedores, y, más aún, tiempo después, yo sería una víctima y él un victimario. ¿Pudo haber sido exactamente al revés? Sin duda.

Durante todo este trabajo he hablado fundamentalmente de las víctimas. Hablar de los victimarios no sólo es mucho más difícil sino que también mucho más ingrato.

El abundante material de estudio de estos aspectos, realizados en torno a las experiencias represivas acaecidas por todos los rincones del mundo, particularmente aquella llevada a cabo por la Alemania nazi y también por la URSS estalinista, muestran que los campos de concentración, de trabajo y/o de exterminio, así como los destacamentos de las distintas policías, funcionaban con personas comunes y corrientes.

Si bien había seres monstruosos, sin alma y de una infinita crueldad, ellos eran realmente una minoría. Los escritos de Primo Levi, los estudios de Tzvetan Todorov, las reflexiones de Hannah Arendt, entre otros, nos muestran que la tortura y la muerte, en toda su demencial magnitud fueron organizadas y llevadas a cabo, con celo y disciplina, por personas que en su gran mayoría no sobresalían del promedio tanto en sus historias personales, como en sus aspectos éticos, sus infancias, sus vidas de familia, etc.; es decir, hasta ese capítulo de sus vidas habían sido seres normales. No me queda la menor duda que en lo que atañe a nuestra experiencia, los mismos parámetros se repiten.

Debemos pues hablar de los victimarios, pero debemos hacerlo entendiendo que son seres humanos, y aunque nos cueste, seres humanos que hasta entonces habían construido una vida no muy distinta a la de las víctimas. Obviamente no se trata, en caso alguno, de brindar atenuantes a sus actos inhumanos y ni mucho menos debilitar la imperiosa necesidad de justicia.

Cualquier ser humano, común y corriente, buen padre, buen vecino, puede encontrarse, potencialmente, en las vueltas de la vida, desempeñando tareas de eficiente torturador ¿Cómo se llega a eso? ¿Cómo se permanece en eso? Generalmente las condiciones que incuban tales procesos surgen en momentos de crisis, de polarización extrema, en donde unos frente a otros pasan de adversarios a enemigos y en donde el enemigo debe ser demonizado, deshumanizado a ultranza (es claro que no se tortura a sus semejantes, a sus pares); la mimesis hace el resto (*hago lo que hace el resto por el bien de todos*) y si bien algunas personas con grandes recursos morales o con profundos reflejos humanos logran salirse de esa maquinaria infernal —muchas veces a costa de sus propias integridades personales— ello es realmente anecdótico: la gran mayoría permanece en esa actividad, convencidos de realizar un trabajo difícil pero indispensable, amparados en esa visión uniforme y justificatoria que entrega la mimesis, tal cual lo explicara al comienzo de este artículo.

Finalmente, respondiendo a la pregunta inicial, lo que he querido decir aquí, es que las víctimas que hemos reflexionado y que no llevamos un ápice de la enfermedad de la venganza en nuestra alma, no torturaríamos a nuestro torturador, en caso alguno y bajo ninguna



circunstancia, no sólo para no deshumanizarnos y parecernos a él sino que para rehumanizarlo y que se acerque a nosotros.

Pero también he querido decir que debemos estar conscientes de que en otras vueltas de la historia nos hubiésemos podido encontrar en el campo de los vencedores y probablemente algunos en el rol de victimarios y un cierto número en tareas de torturador. Aceptar esto es ineludible para que en el futuro tengamos cada vez menos estas hecatombes humanas, así sea que —observando cómo a través de los tiempos la condición humana ha sido capaz de lo mejor y de lo peor— yo no pueda dejar de manifestar un cierto pesimismo al respecto.

Necesitamos obrar para aportar a la formación de ciudadanos lúcidos y conscientes del lado feroz que llevamos adentro. Tarea muy difícil pues se trata de enfrentar siglos y siglos de historia humana, que nos marca y nos condiciona en la resolución de problemas. Desde ya debemos preparar una nueva base para educarnos en la civilidad y hacer que poco a poco los procesos de mimesis hagan lo suyo, ahora incorporando en quienes vendrán reflejos positivos y bondadosos, para que, pese a todo, puedan vivir una plena humanidad.

Debemos aportar a la construcción de un mundo en donde se respeten a ultranza los derechos humanos, un mundo que será nuestro en la medida en que en él estarán nuestros nietos. Para ello es menester que todos dejemos de repetir comportamientos funestos, que comprendamos y destrabemos la trampa semántica para sacudir alguna de las enfermedades que llevamos en el alma, y así entendamos que en esta traumática experiencia, nuestra sobrevivencia toma todo su sentido cuando se proyecta generosamente hacia un futuro que ciertamente no nos pertenecerá.

Lo anterior será posible en la medida en que unos y otros reaprendan a mirarse y a compartir el mundo. En la medida en que cada uno se coloque en el lugar del otro y desde allí construya la ternura vital. Será posible si desde el lugar del otro cada uno se mira a sí mismo con compasión. Si desde allí perdona y se perdona, acepta sus límites y sus miserias y se reapropia de su humanidad, junto con los otros, todos los otros<sup>5</sup>.

Septiembre, 2009.

---

<sup>5</sup> Si bien explícito recién ahora, al final, el tema del perdón, éste ha estado presente en mis reflexiones desde hace mucho tiempo y sin duda cruza de lado a lado a este texto. Al respecto sugiero el libro de J. Sacks.

## BIBLIOGRAFÍA

- Antelme, Robert: *La Especie Humana*. Arena Libros.
- Arendt, Hannah: *Eichmann en Jerusalén. Un Estudio sobre la Banalidad del Mal*. Editorial Lumen.
- Girard, René: *La Violencia y lo Sagrado*. Editorial Anagrama.
- : *El Chivo Expiatorio*. Editorial Anagrama.
- : *La Ruta Antigua de los Hombres Perversos*. Editorial Anagrama.
- : *Acerca de las Cosas Ocultas desde la Fundación del Mundo*. Argentina: H. Garetto Editor.
- Levi, Primo: *Trilogía de Auschwitz*. El Aleph Editores.
- Pollak, Michael: *Memoria, Olvido, Silencio. La Producción Social de Identidades frente a Situaciones Límite*. Ediciones Al Margen.
- Sacks, Jonathan: *Dignity of Difference*. Continuum Int. Publishing Group [*La Dignité de la Différence*, Editions Bayard.].
- Todorov, Tzvetan: *Frente al Límite*. Editorial Siglo XXI.